



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

El resucitado es el crucificado

Reflexiones sobre el Evangelio de Lucas 24, 35-48 (3^{er} Domingo de Pascua del Ciclo B – 15 de abril de 2018)



No hago ninguna revelación al decir que para quienes bebemos de la espiritualidad ignaciana la experiencia de los Ejercicios Espirituales es, sin duda alguna, la referencia más clara que tenemos para entender y sentir nuestra vida desde Jesús. San Ignacio, en la cuarta semana de dichos Ejercicios, invita al ejercitante a experimentar con profundidad **el gozo de Cristo resucitado**, el mismo al que estamos

llamados a vivir como comunidad de discípulos en el tiempo pascual. ¿Qué es lo que origina este gozo? Siguiendo los textos de las apariciones del resucitado que hemos meditado en estas semanas, podríamos afirmar que está en la experiencia del **encuentro** con aquél que ha vencido el poder de la muerte y nos ha hecho partícipes de la victoria de la vida, del sí de Dios sobre el mundo de no y de la exclusión.

La presencia de Jesús vivo en medio de nosotros nos ofrece una nueva mirada y una nueva orientación para la vida: a los que la pasión les había hecho temblar los cimientos de la fe, la presencia del resucitado les reconforta y les mueve a decir “Señor mío y Dios mío”; a los que la dispersión después del proceso de Jesús les debilitó la esperanza, el encuentro con el Dios que camina con ellos les devuelve la ilusión y el deseo de ser testigos: “Tanto ardía nuestros corazones...”; a los que lloraban la pérdida de la persona que amaban les devuelve la ilusión y les ensancha el corazón para comunicar sin fronteras que el amor sigue dando sentido a la vida.

En la aparición que nos narra el Evangelio de hoy podemos encontrar tres nuevas fuentes de gozo:

El resucitado es el crucificado. Recojo aquí unas palabras de nuestro buen compañero y amigo Jon Sobrino: “... es preciso recordar que el resucitado es el crucificado, por la sencilla razón de que es verdad y de que así -y no de otra manera- se presenta la resurrección de Jesús en el Nuevo Testamento. Esta verdad no es además sólo una verdad fáctica de la cual hubiera que tener noticia, como un dato más del misterio pascual, sino una verdad fundamental, en el sentido de que fundamenta la realidad de

la resurrección y, de ahí, cualquier interpretación teológica de ella. (...) en la humanidad actual existen muchos hombres y mujeres, pueblos enteros, que están crucificados. Esta situación mayoritaria de la humanidad hace del recuerdo del crucificado algo connatural y exige ese recuerdo para que la resurrección de Jesús sea buena noticia concreta y cristiana, y no abstracta e idealista. Por otra parte, son estos crucificados de la historia los que ofrecen la óptica privilegiada para captar cristianamente la resurrección de Jesús y hacer una presentación cristiana de ella”.

Jesús resucitado no escatima recursos para hacerle ver a los discípulos las huellas de la pasión y de la cruz, las cicatrices que evocan su entrega generosa por amor y que ahora, a partir de la experiencia de la resurrección, las comprenden como las huellas de una realidad que ha sido superada por la vida. Al reconocer la identidad del resucitado y el crucificado se abre un horizonte de esperanza ilimitado pues los discípulos, las comunidades y los pueblos que sufren el horror de la muerte entienden que, al igual que en Jesús, **la experiencia dolorosa de la cruz no puede destruir la vida** porque la muerte, que se sentía dueña de la humanidad, ya no tiene la última palabra, ésta la tiene la vida en plenitud que el Padre nos comunica en la vida resucitada de su Hijo.

La comprensión de la lógica de Dios. Para las primeras comunidades entender la revelación de un Mesías muerto y resucitado no fue nada fácil, se necesitaron años para decantar la experiencia pascual y dar el salto a la fe en el resucitado. Las apariciones son un momento significativo en este proceso de fe pues, a través de la experiencia del encuentro con Jesús, los discípulos empiezan a confirmar lo que el Maestro les había anunciado. En el pasaje de hoy entienden que en la lógica de Dios la liberación no acontece por la mediación de un mesías guerrero capaz de derrotar a los injustos opresores del pueblo sino por la de un Mesías siervo que, padeciendo y muriendo, se hace solidario con la historia del pueblo que sufre abriéndole las puertas de la vida en plenitud. La liberación no se hace realidad por el poder sino por un amor que se entrega sin límites. Esa es la lógica transformadora del Evangelio.

Un nuevo modo de presencia. La última fuente de gozo está en la nueva presencia de Jesús en medio de la comunidad. Es curioso que los discípulos, que recorrieron pueblos y caminos con Jesús, no lo reconocen o creen que es un fantasma. ¿Era tan distinto el cuerpo de Jesús? Sin entrar en honduras teológicas sobre el cuerpo de Jesús, creo que el centro del mensaje no está en lo físico sino en la **experiencia del encuentro** con el resucitado que es capaz de cambiarnos interiormente. La presencia de Jesús se concreta en una nueva forma de ser y de estar en el mundo que nos lanza a optar por la vida.

Que el gozo de reconocer en el resucitado al crucificado nos siga alentando en nuestro compromiso con la vida.